

CONMEMORACIÓN DE LA HAZAÑA ÉPICA DE LOS NIÑOS HÉROES: SU ORIGEN, DESARROLLO Y SIMBOLISMOS¹

Enrique PLASENCIA DE LA PARRA
Universidad Nacional Autónoma de México

No saben quienes son; mas mi poesía
Os cubre con amor bajo sus alas
Y su plegaria envía
A las etéreas alas
¡Porque a mi ejemplo, enternecido el hombre
Ruegue a Dios por las víctimas sin nombre!

“A los mártires sin nombre” (1867)

José Tomás de Cuéllar

I

LA IMAGEN DEL HÉROE QUE ENTREGA la vida a su pueblo cumple una necesidad importante, pues da cohesión a un grupo social: una tribu, una aldea, un grupo étnico o una nación.

La creación o valoración de figuras heroicas sirve al poder en turno, porque infunde entre los pueblos no sólo respeto y amor a la patria, sino también —y más importante aún—, rechazo hacia cualquier conducta que atente contra la unidad. Los actos de disolvencia social o de re-

¹ Agradezco a Solange Alberro, Frida Gorbach y Carmen Vázquez Mantecón, la lectura de este trabajo y las valiosas sugerencias que me hicieron.

belión están implícitamente condenados por los marmóreos ojos de aquellas figuras, que hacen parecer cualquier discrepancia o conflicto insignificante si se le compara con la causa que las llevó al sacrificio supremo, con el fin de ver a su país libre de una tiranía o de una invasión extranjera. De hecho, tales figuras logran con su muerte mucho más que todo lo que pudieron realizar en vida, sobre todo si consideramos que a menudo los pormenores de sus hazañas están bastante maquillados, cuando no inventados por completo.

La exaltación del sacrificio de esos individuos es más notable aun cuando éstos mueren jóvenes, o casi niños. Pocas cosas hay tan dolorosas como ver un cortejo fúnebre precedido por un pequeño ataúd.

En México el culto a los jóvenes conocidos como niños héroes surge tardíamente, ya que pasaron más de tres décadas antes de que se institucionalizara su celebración. El duelo por la pérdida del territorio fue general y nadie perteneciente a la generación que la vivió tenía ánimos para recordarla. Fue en la República Restaurada (1871) cuando por primera vez se recordó oficialmente la desgracia de 1847, consolidándose este proceso durante la *pax* porfiriana. El país tuvo que sufrir nuevamente una invasión extranjera para que pudiera rememorar anualmente la gesta de 1847. Y para que ello fuera posible, esta segunda intervención debió tener un resultado opuesto a la guerra con Estados Unidos. En efecto, el triunfo sobre los franceses fue la llave que abrió el arcón del que comenzaron a salir los nombres de Xicotécatl, Cano, Frontera, Pérez, y por supuesto los de los cadetes del Colegio Militar, De la Barrera, Melgar, Escutia, Montes de Oca, Suárez y Márquez.

Los estudiosos de la guerra de 1847 seguramente se han preguntado ¿por qué no se recuerdan otras hazañas, otros nombres, cuyo testimonio está mejor documentado que el de los cadetes?, pues los actos de estos últimos no están avalados suficientemente por datos históricos. ¿Acaso fueron los únicos que murieron defendiendo a su país? ¿Acaso todos los demás huyeron, dejaron su puesto o no se comportaron a la altura de las circunstancias? Tenemos, por

ejemplo, los casos de Santiago Xicoténcatl, en Chapultepec y Margarito Zuazuo, en Molino del Rey, quienes antes de morir acribillados, se involucraron en la bandera mexicana para que ésta no cayera en manos enemigas.²

Sin pretender responder estas interrogantes, en este ensayo trataré de señalar el derrotero que tomó este culto que pronto se volvió nacional, con las razones y sinrazones que lo respaldaron y que tiene más de leyenda que de historia. Más interesante que tratar de dilucidar cómo ocurrieron efectivamente los hechos del 13 de septiembre de 1847, es investigar las causas que han fomentado esta celebración.

Su primer patrocinador fue la Asociación de Excadetes del Colegio Militar, pero después fue el propio Estado quien se encargó de consolidarla. Las raíces más profundas de este culto están enlazadas con el poder, y es éste quien lo mantiene firmemente.

El interés fundamental de la Asociación era dignificar al Colegio Militar, situándolo como paradigma de lealtad a las instituciones. Muy cercano a este propósito está el del ejército posrevolucionario, cuyos jefes intentarán destacar los valores del sacrificio, de la obediencia y del honor, inculcados desde temprana edad a sus miembros. Esto era necesario en un cuerpo armado que proyectaba precisamente lo contrario, pues el ejército daba una imagen de improvisación, con un fuerte apego a caudillos regionales y dispuesto a protagonizar todo tipo de levantamientos y rebeliones. Más adelante, el ejército fue profesionalizándose y sujetándose al poder del Estado. Fue entonces cuando los valores que simbolizan los niños héroes fueron poco a poco tomados por el Estado para difundirlos en el resto de la sociedad. Los seis cadetes dejaron fusiles y espadas para empuñar libros y cuadernos de estudio y el mito dejó el ámbito militar y pasó al civil. Las celebraciones dejaron de ser organizadas por la Asociación de Excadetes... primero, y por las autoridades militares después (Secretaría de Guerra), para corresponder al Departamento del Distri-

² Véase PRIETO, 1985, pp. 271-272.

to Federal (DDF) y a la Secretaría de Educación Pública (SEP). Miguel Alemán, primer presidente civil de la posrevolución, fue quien definió claramente este tránsito. También a partir de ese momento la presencia del presidente de la República se volvió indispensable y dominante en la celebración. Los nuevos niños héroes, sin dejar sus útiles de estudio, acudieron finalmente a rendir culto al jefe del ejecutivo.

Cabe una última aunque fundamental reflexión sobre este mito, la que versa sobre la doble vertiente que éste siguió: aunque fue impuesto de arriba hacia abajo, del Estado a la sociedad, ésta lo ha hecho suyo al correr de los años. Con esta apropiación colectiva, el mito se ha enriquecido y se ha desligado de la sujeción al Estado. El camino se invierte ahora, de abajo hacia arriba, pues con esta apropiación se ha logrado arraigar en el imaginario de los mexicanos las figuras de los seis cadetes que brindaron su sangre por el país. Estos niños héroes, los más auténticos, están entre nosotros, no los conocemos ni sabemos nada de ellos, son héroes anónimos, pero al igual que los de 1847, también son ejemplo de entrega y sacrificio.

Antes de empezar el rastreo de esta celebración, cabe establecer, simbólicamente hablando, el lugar donde se desarrolló la gesta de 1847.

II

¿Qué representa para los mexicanos, más allá de su definición literal de “cerro del chapulín”, el nombre de Chapultepec? Suena —desde luego— a cerro, a bosque, a agua; pero también a lugar donde residen los gobernantes, el poder.

Desde tiempos inmemoriales, y en muchas civilizaciones, el bosque ha sido considerado como un lugar sagrado. El de Chapultepec así lo era y además se creía que era una de las entradas a la región de la vida eterna. Las leyendas sobre sucesos sobrenaturales ocurridos ahí sobreviven hasta nuestros días. Los antiguos nahuas consi-

deraban el bosque como: “un lugar de angustia, lugar en el que se llora, entristecedero, suspiradero, lugar de aflicción, lugar de terror”.³

El agua, símbolo de fertilidad, abundaba en el bosque, y los emperadores aztecas construyeron un acueducto que surtió a la ciudad por más de cuatro siglos.⁴ El árbol que caracteriza al bosque es el ahuehuete, que significa “viejo de agua”.

Según dice la leyenda, el primer personaje de estirpe real que residió en Chapultepec fue Nezahualcóyotl, y fue también el príncipe poeta quien mandó plantar los ahuehuetes. Lo seguro es que después de él otros reyes mexicanos vivieron ahí y, para perpetuar su memoria, mandaron labrar su figura en las piedras del cerro.⁵ Los virreyes también utilizaron a Chapultepec como residencia de descanso y Maximiliano vio en este castillo el *alter ego* de su lejano Miramar. El poder ejecutivo estableció allí su residencia hasta la época de Lázaro Cárdenas, quien decidió trasladarse a Los Pinos.

El presidente de la República tuvo como vecino por muchos años al Colegio Militar, en una simbiosis significativa, pues la lealtad incondicional que ofrecían sus alumnos, era retribuida con el prestigio social que significaba proteger a la primera figura del país.⁶

Estos son sólo algunos de los simbolismos que a lo largo de los siglos ha tenido Chapultepec. Los que he mencionado nos ayudan a comprender mejor la íntima relación que mantiene la fecha del 13 de septiembre con el lugar donde se produjeron los sucesos de aquel día. En esas ocasiones, en discursos y poesías, frecuentemente se aludía a esta fecha como un reconocimiento, una ofrenda por el sacrificio que esos seis cadetes brindaron a la patria: dieron su sangre como el cerro generoso daba el agua a la ciudad;

³ *Códice Florentino*, en LÓPEZ AUSTIN, 1990, pp. 196-197.

⁴ CAMPOS, 1922, pp. 9-10.

⁵ Sobre las piedras labradas en el cerro, véase VÁZQUEZ MANTECÓN, 1991, pp. 55-56.

⁶ El Colegio Militar estuvo en Chapultepec durante los periodos: 1843-1847 y 1883-1914.

no fue sangre derramada inútilmente —se insistía—, sino encauzada para fertilizar el amor patrio. También con frecuencia son evocados los “viejos de agua” —personajes indispensables del bosque— como testigos de honor, así como durante la ceremonia lo fueron los veteranos de 1847; y cuando no quede ninguno de ellos vivo, los veteranos de la Reforma y de la Intervención, y después los de la Revolución; el caso es que nunca faltará en esta ceremonia la presencia de hombres viejos que vivieron glorias pasadas y que son partícipes, como los añosos ahuehuetes, de este homenaje.⁷

Un cerro resulta un lugar privilegiado para que las águilas aniden. Pero en éste sólo anidaban aguilucho, que “cuando apenas habían aprendido a volar, cayeron con las alas rotas”. Estaban en plena juventud, eran el “abundante polen que se lleva el aire transparente, el tímido capullo que aún no rompe el botón”. Éstas son algunas de las metáforas con que se aludiría a la juventud de los cadetes.⁸

Esa vida segada en plena juventud está muy presente en la mitología clásica, en hombres-dioses que murieron violentamente siendo jóvenes, mismos que están relacionados con espíritus arbóreos o dioses del bosque, como en los casos de Adonis, Hipólito y Osiris. El rito que celebra a estas deidades consiste en lamentaciones por su muerte. Estos dioses, no obstante, tenían la capacidad de revivir, pues eran dioses asociados al mundo vegetal que cíclicamente decae y renace.⁹ De la misma manera, los niños héroes

⁷ Sobre los ahuehuetes como invitados de honor, véase ÁLVAREZ, 1948, pp. 604-605. En las crónicas de las ceremonias frecuentemente se señala la presencia de los veteranos: en 1924 acudieron los del 47, *Excelsior* (15 sep. 1924); en 1938, estuvieron presentes los sobrevivientes de la gesta heroica en Veracruz en 1914, *El Universal* (14 sep. 1938); en 1971, el presidente Echeverría aparece al lado de los veteranos de la Revolución, *El Nacional* (14 sep. 1971).

⁸ Tales metáforas se encuentran en los poemas de Amado Nervo (1903), Rafael Cabrera (1910) y Luis G. Urbina, en ÁLVAREZ, 1948, pp. 607-621.

⁹ FRAZER, 1982, pp. 29, 377-383, 395-396, 422 y 437.

muertos al pie de una bandera
comprásteis con la vida pasajera
el derecho inmortal de ser divinos.¹⁰

Será una constante en poemas y discursos ver renacer a los seis cadetes gracias a su acción ejemplar.

El bosque, por su misterio, por los espíritus que en él habitan, es el lugar idóneo para una conmemoración fúnebre como ésta. Pero también lo es para señalar un renacimiento, pues el bosque renace cada primavera, como cada 13 de septiembre renace el amor a la patria y la esperanza de vivir en un país más justo.

III

LA LEYENDA Y LOS HECHOS

El estupendo trabajo de María Elena García y Ernesto Fritsche "Los niños héroes, de la realidad al mito", lamentablemente inédito, ofrece datos muy interesantes sobre el tema que nos ocupa. Compara versiones que contradicen lo que ha sobrevivido hasta ahora, y denuncia finalmente a los mistificadores que han "inventado" esta tradición.

La tradición señala que unos cadetes del Colegio Militar fueron los últimos defensores del castillo, el cual fue bombardeado primero y asaltado después por el ejército estadounidense. Se les atribuyen hechos portentosos para unos jóvenes, casi niños. Entre ellos, atravesar a bayonetazos a los asaltantes; proseguir la lucha aun estando heridos, y sobre todo, la defensa heroica del pabellón nacional. En efecto, según cuentan, uno de ellos, viendo que todo un regimiento estadounidense estaba por apoderarse de la bandera mexicana, se envolvió en ella y se tiró al precipicio, estrellándose contra las peñas del cerro.

¹⁰ "A los Niños Héroes", Rafael Cabrera, en ÁLVAREZ, 1948, pp. 619-620. Otro ejemplo en el poema de Luis G. Urbina, "Arenga lírica en memoria de los Niños Héroes", en ÁLVAREZ, 1948, p. 616.

Pero de acuerdo con la obra antes señalada, las circunstancias y los hechos fueron distintos. En primer lugar, los cadetes no tenían nada que hacer en aquel lugar, pues Nicolás Bravo —a quien se le encargó la defensa del castillo—, viendo la carencia de fusiles y de municiones, ordenó a los alumnos regresar a sus casas. Lo que realmente necesitaba eran batallones ya constituidos y bien armados, los cuales no le proporcionó Santa Anna, volviendo casi imposible la defensa del cerro. Por lo tanto, la decisión de quedarse a defender el castillo resultó ser un acto de irresponsabilidad y de desobediencia, que costó la vida de algunos cadetes y el cautiverio de la mayoría de ellos en manos del enemigo.¹¹

Otra discrepancia con la tradición se refiere a los hechos de valentía atribuidos a los seis mencionados cadetes. Según los testimonios, están bien documentadas las participaciones de Agustín Melgar, Vicente Suárez y Francisco Montes de Oca. En cambio, algo distinto ocurre con Juan de la Barrera —el mayor del grupo y ya egresado del Colegio—, con Juan Escutia, del que sólo conocemos la fe de bautismo y Francisco Márquez, personaje poco conocido. Es curioso que de quien menos información tenemos —Escutia—, sea quien supuestamente se arrojó envuelto en la bandera, aunque antes de que se estableciera definitivamente la leyenda, se atribuyó primero la hazaña a Melgar y después a Montes de Oca.¹²

Pero más allá de estas dos posturas —la que dicta la tradición y la del análisis riguroso de las fuentes—, una de las razones por las que se destaca la participación de los cadetes es la valentía con la que enfrentaron al enemigo, cuando la gran mayoría de la tropa desertaba; los testimonios de los propios invasores así lo consignan.¹³

¹¹ De aproximadamente 50 alumnos que tenía el colegio, la mitad se quedó en el castillo.

¹² GARCÍA MUÑOZ y FRITSCHÉ ACEVES, 1989, pp. 43-44 y 65-66.

¹³ Varios de estos testimonios se encuentran reproducidos en GARCÍA MUÑOZ y FRITSCHÉ ACEVES, 1989, pp. 38-39.

LA GESTA DE 1847 A TRAVÉS DE OTROS HÉROES

En las décadas que siguieron a la guerra, los nombres de los seis cadetes aparecen en muy pocas ocasiones, mencionándose en cambio otros que actualmente nos resultan desconocidos. La primera vez que surgen los nombres de algunos de los cadetes es en el parte que rindió Joaquín Rangel y que fue publicado en 1847, destacando a los que murieron en la batalla, sobre todo a Xicotécatl, siguiendo “el valiente Cano, los cadetes Suárez, Melgar, Montes de Oca y muchos otros, cuya fama póstuma debe exaltar, como premio de su sangre y de sus vidas”.¹⁴

La primera obra histórica sobre la guerra fue publicada en 1848. Se trata de un trabajo colectivo titulado *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. No contiene relatos pormenorizados de hechos de valentía llevados a cabo por alumnos del Colegio Militar y sólo se describe el ascenso de los estadounidenses a lo alto del castillo, “desde donde algunos alumnos hacían fuego, y eran los últimos defensores del pabellón mexicano, que muy pronto fue reemplazado por el americano”.¹⁵ Ya tenemos aquí un elemento importante para la construcción de la leyenda: la defensa del lábaro patrio atribuida a los cadetes.

El 17 de septiembre de 1849 se realizó en la ciudad de México un acto para recordar a los que murieron defendiendo al país dos años atrás. Éste consistió en una solemne procesión que llevaba los restos de cuatro héroes al panteón de Santa Paula: Frontera, Cano, Pérez y Xicotécatl.¹⁶ En ella participaron los alumnos del Colegio Militar,

¹⁴ Joaquín Rangei, *Parte de las operaciones ejecutadas por la 3a brigada de infantería del Ejército Mexicano, en los días 12 y 13 de septiembre de 1847*, Toluca, Quijano y Gallo, 1847, citado en GARCÍA MUÑOZ y FRITSCHÉ ACEVES, 1989, p. 49.

¹⁵ En cambio, destacan los actos de Xicotécatl, Pérez y Cano. De este último se dice que “la pérdida de este joven es muy sensible para las ciencias y para la patria”, ALCARAZ *et al.*, 1848, p. 315.

¹⁶ El teniente coronel Juan Cano murió en la defensa de Chapultepec; fue trasladado ahí cuando Santa Anna envió a Nicolás Bravo a de-

aunque el cronista en ningún momento refiere que se hubiese recordado en las oraciones y discursos ninguna hazaña heroica de los alumnos de ese mismo colegio.¹⁷

Fueron los “hijos del Colegio Militar” —así se auto-nombraban los que habían estudiado en aquel plantel— quienes comenzaron a subrayar la meritoria labor de los cadetes durante la guerra de invasión. El joven Miguel Miramón —quien era cadete en 1847 y estuvo a punto de convertirse en el séptimo niño héroe, de no haber caído prisionero con otros de sus compañeros— pronunció un discurso en 1851 con motivo de la celebración de la independencia, donde recordó el heroísmo de sus compañeros muertos, e incluso invocó sus nombres.¹⁸ Mariano Monterde, por muchos años director del Colegio Militar, un año más tarde, en ocasión de la celebración dedicada a Iturbide y al ejército, mencionó también los nombres de los cadetes, y según García y Fritsche, fue la primera vez en que se les llamó “niños”.¹⁹ En 1856, Joaquín Rangei solicitó a Ignacio Comonfort erigir un monumento a los héroes de 1847. Es de notar que por mucho tiempo perduró una gran ambigüedad acerca de quiénes eran esos héroes, y cuáles las acciones dignas de recuerdo. Además, durante

fender el castillo en sustitución de Monterde. José Frontera murió en la batalla de Padierna. Santiago Xicoténcatl fue por un tiempo el más afamado héroe caído de Chapultepec; dirigía el batallón de San Blas, que fue destrozado por las fuerzas estadounidenses. Pérez y Dosamantes murió en Chapultepec.

¹⁷ “A los grandes hombres que murieron en el valle de México en tiempos de la invasión norteamericana”, en *Calendario*, s.f., pp. 45-60. Otra crónica sobre este acto, en PRIETO, 1985, pp. 314-316. La fecha de esta ceremonia fúnebre tiene su origen en la del 17 de septiembre de 1823, día en que fueron depositados en la Catedral de México los restos mortales de los héroes de la independencia, entre ellos los de Hidalgo, Allende, Morelos, Mina y Matamoros; de ahí que ese día quedara marcado como un reconocimiento a los héroes caídos. Sobre la ceremonia de 1823, véase BUSTAMANTE, 1985, t. iv, pp. 458-469.

¹⁸ Miguel Miramón, “Discurso pronunciado [el 15 de septiembre de 1851] en el Teatro Nacional, por el joven D. . . , alumno del colegio militar de esta capital” (recorte de periódico), Colección Lafragua, Biblioteca Nacional.

¹⁹ MONTERDE, 1852; GARCÍA MUÑOZ y FRITSCHÉ ACEVES, 1989, pp. 46-47.

años, el 13 de septiembre se celebró el 8, día en que se libró la batalla de Molino del Rey.

En la época de la Reforma, en que las cosas parecían cambiar en México, crecían las voces que pedían no dejar en el olvido a los héroes de la nación, aunque los cadetes aún no ocupaban un lugar prominente en la memoria colectiva. En un *Calendario* de 1857 —publicaciones que gozaban de gran popularidad en ese tiempo, y que eran la única lectura de muchos mexicanos— se criticaba la falta de estatuas dedicadas a los héroes de la insurgencia y se señalaba que primero tuvo una estatua Santa Anna que Hidalgo. Para remediar esta situación, se anunciaba que los mártires de 1847 dispondrían pronto de un suntuoso sepulcro en Santa Paula, y que el salón de actos del Colegio Militar “guarda los retratos de sus alumnos que perecieron: había entre ellos un niño de 13 años”. También se anunciaba el inicio de la construcción de monumentos en Churubusco y Molino del Rey.²⁰ El monumento fue inaugurado el 8 de septiembre de 1856. En ese año ya no resultaba imposible recordar la gesta que se podía calificar de “heroica derrota”, a diferencia de lo ocurrido en Chapultepec, donde hubo mayores casos de desertión e incompetencia. Por ello, la conmemoración de los sucesos de Chapultepec pudo, por varios años, utilizar ventajosamente su parentesco con la de aquellos de Molino del Rey.

El reclamo de monumentos y estatuas será una constante en esta historia; habrá infinidad de promesas y sobre todo de actos solemnes de colocación de la primera piedra de tal o cual monumento o estatua que nunca se levantarían, o se terminarían ya que sus promotores habían muerto. Pero sobre todo, transcurrieron muchos años para que la celebración de 1847 fuese reconocida oficialmente. Juan N. Chávarri, fanático defensor del Colegio Militar, sostiene que incluso los intentos de celebración de las gestas de Molino del Rey y Chapultepec fueron prohibidos por las autoridades y que los cadetes tenían que realizarlas fuera de las instalaciones del colegio. De hecho, los actos públicos a los que

²⁰ “La memoria de los héroes”, en *Primer Calendario*, 1856.

nos hemos referido (los discursos de Miramón, Monterde y la petición de Rangel) desmienten esta aseveración, y más que una prohibición positiva, encontramos más bien indiferencia y una suerte de bloqueo mental para no recordar algo que de seguro resultaba demasiado doloroso o amargo.

El triunfo sobre los franceses en 1867 fue el acontecimiento histórico que transformó las derrotas de 1847 en una epopeya.

El primer libro de texto de historia que hace referencia a los alumnos del Colegio Militar —limitándose a indicar que realizaron actos valerosos— fue el *Compendio de la historia de México* de Manuel Payno publicado en 1870. Por otra parte, la primera vez que se mencionaron los nombres de los cadetes fue en un texto de Luis Pérez Verdía de 1883.²¹

LA INTERVENCIÓN DE LOS EXCADETES Y LA CELEBRACIÓN DURANTE EL POREIRIATO

Un día de agosto de 1871, en el café La Concordia se reunieron para almorzar varios excadetes que decidieron formar la Asociación del Colegio Militar. Estaban, entre otros, Fernando Poucel, el escritor José Tomás de Cuéllar, el ingeniero Ignacio Molina, el litógrafo Santiago Hernández (quien hizo los famosos retratos de los seis cadetes que hasta la fecha se conservan, y que fue caricaturista de *La Orquesta* y *El hijo del Ahuizote*), el licenciado Ignacio Burgoa y el presidente municipal de la ciudad de México, Antonio Sola. Solicitaron al presidente Benito Juárez que se declarara día de luto nacional el 13 de septiembre, y lo invitaron también a asistir al acto que prepararon para el 8 de septiembre de ese año. A ambas cosas accedió el presidente. La primera celebración se llevó a cabo en una glorieta, lugar que años después fue elegido para construir la Tribuna Monumental.²²

²¹ PAYNO, 1870 y PÉREZ VERDÍA, 1883. Agradezco a María Eugenia Rolán por esta información.

²² ÁLVAREZ, 1948, pp. 579 y 601-603 y CHAVARRI, 1960, pp. 223-225.

Durante los siguientes cuatro años, la ceremonia fue honrada con la asistencia del presidente Sebastián Lerdo de Tejada (1872-1876), y ésta se realizaba alrededor del gran ahuehuete conocido como “El sargento” o “Árbol de Moctezuma”, a falta de un espacio más adecuado. Tenía un gran parecido con la fiesta del “grito”, pues el presidente recibía la bandera del batallón de San Blas y la ondeaba vitoreando a los héroes, lo que confería un aire festivo al evento, cuando en realidad la asociación lo quería presentar como un acto luctuoso. Ésta es la razón por la cual la ceremonia fue modificada y el triunfador de Tuxtepec le dio un carácter más solemne: en efecto, determinó depositar una corona de siemprevivas en el lugar donde cayeron los niños héroes, tradición que perdura hasta nuestros días. El general Sóstenes Rocha —exalumno y entonces director del Colegio Militar—, pidió más tarde al presidente y compadre de Porfirio Díaz, Manuel González, fondos para erigir finalmente un monumento a los niños héroes que fue inaugurado el 13 septiembre de 1882. Se trata de un pequeño obelisco de unos seis metros de altura, que a sus costados tiene grabados los nombres de los cadetes. A partir de ese momento, las ofrendas florales a los niños héroes se depositarían en ese lugar.

Al regresar Díaz a la primera magistratura, el rito anual quedó ya bien definido: haciéndole valla los alumnos, el presidente era recibido en la Tribuna Monumental, enfrente de “El sargento”; retumbaban las salvas de fusiles que los cadetes debían disparar a un tiempo, causando gran emoción entre el público por su precisión; luego, se alternaban piezas musicales con poesías y discursos. Este acto era el más concurrido, y una vez terminado, el presidente y su comitiva bajaban al monumento a los niños héroes, depositaban ofrendas y montaban guardias; también intervenían en el ritual los miembros de la Asociación de Exalumnos del Colegio Militar. Era costumbre que después del evento, los presentes bajaran raudos hacia la jolgoriosa ciudad, que ese día estaba de fiesta, pues se celebraba la romería de la virgen de la Covadonga. En esa fecha se recordaba el triunfo español sobre los árabes, en una batalla

del siglo VIII, que no pasó de ser en realidad una simple escaramuza, pero que a través de los siglos llegó a simbolizar la resistencia de los españoles ante la invasión musulmana. En la ciudad de México se organizaba una verbena con serpentinas, flores, tómbolas y sobre todo un baile en el legendario Tívoli del Eliseo.²³ Los cadetes aprovechaban el día de asueto concedido después de la ceremonia, disfrutando estupendamente en la verbena popular.

Tal vez esta coincidencia de fechas sea una de las razones que explican el porqué durante tanto tiempo pervivió la costumbre de celebrar el día 8 de septiembre, recordando —en una aparente contradicción— una victoria casi legendaria y una derrota heroica, pero ambas simbólicas, pese a todo, del rechazo al invasor extranjero.

Entre los poetas que en esos años cantaron las alabanzas de los niños héroes están José T. de Cuéllar, quien era cadete en 1847; Amado Nervo, con “Los niños mártires de Chapultepec” (1903), que empieza y termina con esta cuarteta:

Como renuevos cuyos aliños
un viento helado marchita en flor,
así cayeron los héroes niños
ante las balas del invasor.

También Luis G. Urbina alzó su voz, lo mismo que el poeta poblano Rafael Cabrera en 1910 y Carlos Pellicer en 1924.²⁴ Entre las piezas musicales, se interpretaba frecuentemente algún himno a los niños héroes, como uno que subsistió por muchos años, con música de Manuel Berruecos Serna y letra de Rafael Aponte y Ángel Andonegui, o el de Francisco Nava, pieza que fue interpretada por primera vez en la celebración de 1924. Generalmente, estos him-

²³ Véase ÁLVAREZ, 1948, pp. 621-624, quien habla de los años 1904-1910, cuando fue cadete; “Ecos de todas partes”, en *La Patria Ilustrada*, vol. 10, p. 7 (12 sep. 1892).

²⁴ Pueden leerse reproducciones de algunos de estos poemas en ÁLVAREZ, 1948, pp. 607-621.

nos eran cantados por un coro de niñas de diversas escuelas de la ciudad. La presencia femenina también era requerida para recitar las poesías. En 1927, la señorita Julia López Velarde leyó el poema “La bestia de oro”, de Rafael López. La costumbre de recitar poemas se fue perdiendo, en la década de 1930, y las crónicas de las celebraciones llevadas a cabo durante el sexenio de Ávila Camacho ya no hacen referencia a ella. La música alusiva también se fue perdiendo poco a poco, aunque más tardíamente.

Cabe subrayar, sin embargo, que el culto de los niños héroes se gestó sin lugar a dudas durante el porfiriato. Un factor fundamental de ese proceso fue el decreto del 3 marzo de 1884, que establecía que en el Colegio Militar se pasara lista de presentes a los cadetes muertos en 1847. La emoción experimentada por los alumnos al oír los sagrados nombres de “¡Juan de la Barrera, Agustín Melgar, . . . !”, momento en que debían responder con un convincente “¡Murió por la patria!”, era de un efecto enorme. Álvarez recuerda la profunda impresión que le causó, al entrar al establecimiento, la lista que se leía

[. . .] en religioso silencio, que llamó poderosamente mi atención, cuando los cadetes de ambas compañías, cuadrados militarmente, escuchaban la voz de sus respectivos sargentos primeros, pasando la lista que invariablemente se iniciaba con los nombres de los heroicos cadetes.²⁵

Las fiestas del Centenario de la independencia en 1910 vinieron a reforzar las que conmemoraban los acontecimientos de 1847. En aquel año llegaron, invitados por el gobierno, cadetes de todo el mundo, y las crónicas mencionaban el espíritu de confraternidad que se estableció entre los alumnos del Colegio Militar y sus invitados. Los estudiantes de diferentes escuelas de la capital participaron en una marcha que partió de la Alameda con destino al obelisco situado al pie del cerro, donde depositaron ofrendas florales.²⁶

²⁵ ÁLVAREZ, 1948, p. 445.

²⁶ *El Mundo Ilustrado* (18 sep. 1910).

Vemos en este último hecho cómo el recuerdo de los niños héroes fue lentamente trascendiendo del estrecho ámbito de la asociación —cuyo fin principal era demostrar que el Colegio Militar representaba lo mejor que tenía el país, y del cual éste debía enorgullecerse— al círculo más amplio de las autoridades educativas federales, que vieron en este culto un ejemplo paradigmático: la mejor introducción a la educación cívica de la niñez y de la juventud. A partir de allí, llegó poco a poco al pueblo mexicano, que de padres a hijos, cuenta esa historia, y al contarla la va cambiando y enriqueciendo, tal vez tergiversándola aunque salvaguardando lo esencial de ella: la hazaña de seis cadetes que sacrificaron sus vidas por la patria cuando otros nada dieron por ella.

El gran escritor y poeta José Juan Tablada recuerda sus años como cadete durante el porfiriato; confiesa que aborrecía la vida militar, el aniquilamiento de la voluntad que ésta significaba, “la postiza marcialidad, la actitud fiera y artificial que mis compañeros se veían obligados a asumir, causaban en mi interior una irreprimible risa”, que por supuesto le costó innumerables castigos. Sin embargo, el recuerdo más edificante que conservó de esa etapa de su vida fue la contemplación, en los muros del colegio, de

[. . .] los retratos de los cadetes héroes [que] me hacían el efecto de exhortarme con sus miradas de serena pero enérgica espiritualidad al cumplimiento del deber, hasta el sacrificio y el holocausto, según su noble ejemplo [. . .] En medio de la frivolidad de la adolescencia tuve la fortuna de sentir honda y plenamente aquella máxima gloria radiante de pureza y desinterés que aureoleaba a los cadetes inmolados y desde entonces rendirles el culto más convencido y más sincero.²⁷

Por todo lo anterior, vemos cómo el mito de los niños héroes logró el éxito: los valores —sentido del deber, del honor y de la lealtad— que encarnan los seis cadetes no son exclusivos del universo militar, sino que son extensivos al conjunto de los individuos que componen la sociedad

²⁷ TABLADA, 1991, pp. 82-83 y 98.

mexicana. El caso de Tablada nos parece sintomático de ello, por tratarse de un agudo crítico de los militares de su tiempo, que a pesar de ello no tuvo ningún reparo en rendir culto a los héroes niños y ver en ellos un modelo digno de ser imitado.

En 1910 México vivía la celebración por excelencia, la del Centenario. Con esta fiesta, Porfirio Díaz quería demostrar a los mexicanos y al mundo entero que la prosperidad del país se basaba sólo en su permanencia en el poder. Quería especialmente que así lo entendiera el presidente estadounidense Taft, cuyo gobierno estaba muy disgustado por los coqueteos de Díaz con otras potencias: Inglaterra, Francia, Alemania y espiritualmente hablando, España. La elección parecía seguir su curso sin mayores trastornos, el mismo Díaz para la presidencia de la República, y la de su sobrino Félix Díaz para la de la Asociación de Exalumnos del Colegio Militar. La celebración del 8 de septiembre de ese año contó con la presencia del tío y del sobrino, acompañados del cuerpo diplomático. El representante español para las fiestas del Centenario fue el Marqués de Polavieja, quien vino expresamente a devolver un uniforme completo que perteneció a don José María Morelos y que había permanecido en España.²⁸ El orador principal fue el licenciado José R. Aspe, quien según la crónica, pintó con vigor y calidez la tragedia sufrida por México en 1847, “obra de espíritus calculadores y de ambiciones bastardas”. Por su parte, el vate español Gonzalo de Murga pronunció una oda “que por su galantería extremada hacia Méjico y su deseo de ligarnos más y más espiritualmente a España conquistó la atención y aplauso general”. El cronista no deja de señalar que durante el acto “la concurrencia aumentó de un modo extraordinario, y se observó la ausencia del elemento norteamericano”.²⁹

²⁸ *El País* (15 sep. 1910).

²⁹ *El País* (9 sep. 1910).

LOS AÑOS REVOLUCIONARIOS

Durante la lucha armada, la conmemoración se vio afectada, aunque no desapareció del todo. En 1911, acudió al acto el presidente Francisco León de la Barra. Habló el general Samuel García Cuéllar, quien a pesar de advertir que no tocaría la cuestión política actual, ya que venía representando a la asociación, cuyos fines no eran políticos, no dejó de tocarla. Declaró que el ejército no debía meterse en política, ni dejarse guiar por las

[. . .] muchedumbres que son anónimas, no tienen honor ni tradiciones que defender, nacen bruscamente, sugestionadas por un sofisma [. . .] y desaparecen sin dejar huella. En cambio el Ejército tiene un nombre y un honor que defender; debe estar siempre del lado de la Ley, no importa quién represente esa ley, ni quien sea el mandatario; el soldado que no esté conforme con el gobierno deberá pedir su retiro antes de faltar a la lealtad en él depositada.³⁰

El autor de estas palabras colaboró más tarde con el gobierno usurpador de Victoriano Huerta que derrocó al legítimamente constituido de Francisco I. Madero: García Cuéllar fue en 1914, precisamente, director del Colegio Militar.

En 1912, Madero asistió como presidente a la celebración en honor a los niños héroes.³¹ Por las acechanzas de los militares, ésta fue la única a la que llegó a concurrir. Obviamente, la palabra "lealtad" tenía un pobre significado entre los militares de aquel tiempo.

También Victoriano Huerta asistió sólo una vez a este acto, puesto que luego fue derrocado. El orador, el general Miguel Ruelas, terminó su discurso alabando a los mártires de 1847 "y excitando al pueblo a que en un futuro, quizá no lejano, imitara la actitud de aquellos héroes niños que supieron guardar la dignidad de la patria frente a la amenaza ingente de los hombres del Norte".³² En ese mo-

³⁰ *El País* (9 sep. 1911).

³¹ *El País* (9 sep. 1912).

³² *El País* (9 sep. 1913).

mento, Huerta temía más a la posibilidad de una invasión estadounidense que al triunfo de la revolución constitucionalista, encabezada por el gobernador de Coahuila.

El ceremonioso presidente Venustiano Carranza fue aficionado a este tipo de eventos, en cuyas fotografías él y su gabinete se asemejan mucho, por sus actitudes hieráticas, a estatuas y monumentos.³³

LOS PRAGMÁTICOS SONORENSES RELEGAN A LOS NIÑOS HÉROES

Los sonorenses no se mostraron particularmente entusiasmados de celebrar a los niños héroes. Sin embargo, el otro centenario, el de la consumación de la independencia —que buscaba igualar en magnificencia al del porfiriato—, ciertamente ayudó a dar lustre a la ceremonia en memoria de los aguiluchos. En 1921, por primera vez (según parece) se celebró en el mismo día en que ocurrió el asalto a Chapultepec, o sea, el 13 de septiembre. Asistió al acto Álvaro Obregón con su gabinete, y habló el presidente de la asociación, Víctor Hernández Covarrubias, quien fue director del Colegio Militar en 1913, cuando ocurrió la famosa escolta de los cadetes al presidente Madero. Después de las guardias en el obelisco, se trasplantaron seis pequeños ahuehetes alrededor del monumento, y en cada uno de ellos se fijó una placa con el nombre de los cadetes.

A menos de quince días de haber logrado el reconocimiento de Estados Unidos hacia su gobierno, Obregón no quiso saber nada de una conmemoración que aludía precisamente a la guerra con este país. Sea por esta precaución política, o debido a problemas de salud que padecía entonces, el caso es que el presidente estuvo fuera de la ciudad durante las fechas festivas. Aquel año, la celebración en Chapultepec se llevó a cabo el 9 de septiembre de 1923, pues el 13, en un acto realizado en las instalaciones del Colegio Militar en San Jacinto (Tacu-

³³ *Excelsior* (9 sep. 1921).

ba), el secretario de Guerra, Francisco Serrano (quien en 1927 fue asesinado por Obregón y Calles), descubrió una estatua de Juan de la Barrera y otra de Vicente Suárez. Según la crónica, las miradas estuvieron puestas en Su Majestad Beatriz I, reina de los cadetes del Colegio Militar, quien antes de retirarse, “depositó una flor y una lágrima” en ambas estatuas. El orador en turno aclaró raudamente la razón de su presencia, para “cumplir un rito sagrado, no un acto de revancha, sentimiento que ya no tiene ningún mexicano”.³⁴

El año siguiente, al conmemorarse los 100 años del Colegio Militar, la asociación preparó un festejo doble —por lo cual se hizo el 14 y no el 13— que incluyó una ofrenda en el monumento a Guadalupe Victoria, pues fue durante su administración cuando se fundó el colegio. Ahora sí asistió Obregón, quien se sentó en la Tribuna Monumental al lado de los sobrevivientes de la jornada de 1847. El orador fue el profesor Francisco César Morales, director general de Educación Primaria de la SEP. Al ser éste el año en que Obregón aplastó inmisericordemente la rebelión delahuertista, proclamando su triunfo a los cuatro vientos, las palabras de Morales parecían dirigidas a un destinatario distinto del que se declaraba explícitamente. El orador, al preguntar si los sucesos de Chapultepec no representaban una derrota, respondía

[. . .] tal vez, son héroes fracasados si se les ve desde el punto de vista de los que sólo reconocen el ideal cuando se presenta en el campo de la victoria, domeñando altiveces y aplastando rebeldías; mas para nosotros son héroes sublimes porque prefirieron sucumbir a doblegarse, y porque su memoria molestará eternamente a los que tienen el hábito de halagar al fuerte y son esclavos incondicionales del éxito, en cualquiera de sus míseras formas. . .³⁵

³⁴ *Excelsior* (10 y 14 sep. 1923).

³⁵ *Excelsior* (15 sep. 1924). En este discurso, su autor cita a José Vasconcelos, quien no tenía ni dos meses de haber renunciado como titular de la Secretaría de Educación Pública, se sospechaba de simpatizar con los delahuertistas.

Así y todo, el presidente invicto y sus allegados no se dieron por aludidos.

Calles tampoco pareció muy afecto a esta celebración. El 13 de septiembre de 1927 estaba prevista su asistencia, que a última hora fue cancelada; acudió en su representación un funcionario de la Secretaría de Guerra. Tal vez la ausencia de Calles se debió a que ese mismo día se aprehendió al general José Domingo Ramírez Garrido (quien en 1923 fue director del Colegio Militar), acusado de fraguar un complot para asesinar a Obregón.³⁶ En 1928 —en medio de la expectativa por el juicio de José de León Toral, asesino del presidente electo Álvaro Obregón—, tampoco asistió Calles. En esta celebración, y en la del año anterior, ya no se indica que la asociación haya organizado el evento, aunque lo presenciaron sus miembros y alguno de ellos habló en la tribuna.³⁷

En 1932 tampoco se contó con la asistencia presidencial y la celebración tuvo un carácter más civil. Fue organizada por el Departamento Central (o DDF) y no por las autoridades militares. El representante del presidente Abelardo L. Rodríguez fue el jefe del Departamento Central y no un funcionario de la Secretaría de Guerra. Se entregaron banderas a diversas escuelas oficiales, y el orador principal fue el señor Alfonso Herrera, quien expresó su ardiente deseo porque cada alumno de kindergarten, primaria, secundaria y facultades desfilara ante ese monumento con las palabras del himno nacional: “Patria mía, piensa que el cielo un soldado en cada hijo te dio”.

En otro acto, más modesto pero tal vez más simbólico, los niños de la “Escuela Niños Héroes de Chapultepec” representaron lo sucedido hacía ya 85 años

³⁶ *Excelsior* (14 sep. 1927). Finalmente no se le comprobó nada y fue dejado en libertad. Ramírez Garrido había participado en la rebelión delahuertista, logrando escapar a Cuba. Lo extraño es que fue Calles quien permitió a aquél regresar del exilio en 1926. Después de esta acusación, de la que no se encontraron pruebas, Ramírez Garrido volvió a salir del país.

³⁷ *Excelsior* (14 sep. 1927) y *Excelsior* (14 sep. 1928).

[...] con irreprochable propiedad [señala el reportero] realizaron tres dramatizaciones alusivas a los Aguiluchos de Chapultepec: “los cadetes del 47”, “héroes de Chapultepec” y “deber heroico” que fueron de tal fuerza histórica, de tal emoción, de tal contagio patriótico, que aquellos niños artistas fueron estruendosamente aplaudidos en cada caso.³⁸

EL TRÁNSITO A LA CIVILIDAD: EL MITO DE LA REVOLUCIÓN
ALIENTA AL DE LOS NIÑOS HÉROES

En 1935 el presidente Lázaro Cárdenas estaba precisamente dedicado a esto mismo, a ser presidente. Por esos días de septiembre, la purga de elementos callistas llegó a la Cámara de Diputados: la noticia del desafuero de varios de ellos —acusados por la balacera que había estallado dentro de la Cámara y que provocó la muerte de dos legisladores— ocupaba las ocho columnas de los periódicos. Otro asunto de interés era el presupuesto de la Universidad Nacional Autónoma de México, y la mañana del 13 de septiembre Cárdenas recibía en audiencia al rector Fernando Ocaranza, mientras que en Chapultepec presidían la ceremonia Joaquín Amaro, director general de Educación Militar y Luciano Kubli, director de Acción Cívica del DDF.³⁹

En los años cardenistas, la organización de estos eventos pasó a ser casi por completo obra del gobierno, tratárase del DDF, de la SEP, o de la presidencia. La asociación sólo participaba como invitada. También se comenzó entonces a unir el mito de los niños héroes al naciente de la Revolución. Los hechos de armas comenzaban a alejarse en el tiempo y perder la sustancia política que los rodeó en su momento, para pasar a conformar una epopeya única y homogénea. En 1938 se invitó a los representantes de “los veteranos del 47” y también a los de Veracruz en 1914. Para adecuarse a los nuevos tiempos, la asociación organizó una velada en homenaje a la Escuela Naval Militar de

³⁸ *Excelsior* (14 sep. 1932).

³⁹ *El Universal* (14 sep. 1935).

Veracruz, durante la cual se añadieron los nombres de los dos alumnos muertos en 1914 a la lista de los cadetes de 1847. En su alocución, el licenciado Belisario Becerra dijo que los nombres de “José Azueta y Virgilio Uribe ya tienen un lugar en el alma del pueblo mexicano y sus figuras se unen a las de los niños héroes”.⁴⁰

La costumbre de pasar lista de presente a los cadetes muertos en 1847, que se realizaba desde hacía tiempo en el Colegio Militar, empezó a formar parte del ritual anual del 13 de septiembre a partir de 1941. En el acto celebrado aquel año se otorgó la medalla *A la lealtad* a los excadetes que en 1913 escoltaron a Madero desde el castillo de Chapultepec hasta Palacio Nacional, mientras la Ciudadela era asaltada por los golpistas.⁴¹ Este hecho de la Revolución ya poseía la dimensión de una leyenda y de esta manera, se entrelazaba con el de la defensa de Chapultepec.

EL ACERCAMIENTO CON ESTADOS UNIDOS, OBSTÁCULO PARA LA CELEBRACIÓN

Manuel Ávila Camacho tampoco fue muy adicto a este aniversario, lo que se explica por diferentes circunstancias. La primera, es la notable mejoría en las relaciones con Estados Unidos, que terminó con problemas añejos que parecían insolubles, gracias a la Comisión de Reclamaciones (por daños ocasionados a estadounidenses durante la Revolución) y la indemnización a las compañías petroleras por la expropiación sufrida en 1938. Pero no sólo se trataba de un mejor entendimiento entre ambas naciones, sino que existía ahora un vínculo todavía más significativo: México y Estados Unidos se convirtieron en aliados durante la segunda guerra mundial. En ese contexto, el recuerdo de la invasión estadounidense no era lo más apropiado para un presidente que quería conven-

⁴⁰ *El Universal* (14 sep. 1938).

⁴¹ *Hoy*, núm. 239 (20 sep. 1941). En este acto no estuvo presente Ávila Camacho.

cer a sus connacionales de los beneficios de la alianza con Estados Unidos.

La segunda razón que explica la reticencia presidencial hacia la conmemoración, aunque no es tan evidente, influyó posiblemente en su actitud hacia ella. El 10 de abril de 1944, cuando el presidente arribaba a Palacio Nacional y se disponía a subir al elevador, el teniente José Antonio de la Lama Rojas se cuadró ante él, al tiempo que extraía una pistola y le disparaba a quemarropa. La americana del general tenía una malla de acero, por lo que el proyectil no lo alcanzó. El propio presidente sometió al agresor, quien más tarde, al ser interrogado sobre el motivo del atentado, sólo se lamentó de no haber logrado su objetivo. Al día siguiente —según parece— al teniente De la Lama le aplicaron la “ley fuga”. El magnicida frustrado había sido alumno del Colegio Militar, y era un ferviente nacionalista que incluso había publicado un folleto sobre los símbolos patrios, destacando el elogio que hacía de los niños héroes. Además, el día del atentado llevaba debajo de sus ropas militares una bandera nacional alrededor de su cuerpo.¹² Aquí la referencia al acto heroico de Juan Escutia es más que evidente: si bien éste lo llevó a cabo como una ofrenda en honor a la patria, aquél creía que matar al presidente, a costa de su propia vida, era el mayor sacrificio que un mexicano podía realizar para salvarla, acabando con lo que consideraba ser una política entreguista hacia Estados Unidos.

Por otra parte, los miembros de la asociación veían cómo el centenario de 1847 se acercaba y todavía no existía un monumento digno que perpetuase la memoria de los aguiluchos. Tampoco se había hecho nada por encontrar sus restos mortales. A esto mismo aludía el general Tomás Sánchez Hernández en su discurso del 13 de septiembre de 1944: se lamentaba porque la gente que acudía al obelisco creía que ahí estaban los restos de los niños héroes, lo cual no era cierto; alentaba su búsqueda, señalando que un miembro distinguido de la asociación, el general Torrea, conocía a su vez a un “viejo y ameritado

¹² Sobre el caso, véase TARACENA, 1977, t. 2, pp. 191-198.

general”, que sabía dónde debían buscarse.⁴³ Tiempo después, se demostraría que si uno está animado por el ferviente deseo de encontrar algo, lo más seguro es que lo encuentre, como sucedió con los restos de Cuauhtémoc que “encontró” Eulalia Guzmán.

La asociación, cada vez más empeñada en su afán por construir monumentos, se acercó al lugar menos adecuado en busca de apoyo: el despacho presidencial. El primer mandatario les ofreció ayuda material y aceptó la presidencia honorífica del “Comité Pro-monumento a los Niños Héroeos”. Finalmente, el denominado “Presidente caballero” no cumplió con lo prometido, y según un exintegrante de ese comité; “desgraciadamente el general Ávila Camacho no cumplió su ofrecimiento, dejando escapársele el alto honor de ser él quien hiciera justicia, en esa forma, a nuestros Niños Héroeos”.⁴⁴

LA CICATRIZACIÓN DE UNA HERIDA: EL CENTENARIO DE 1847

Miguel Alemán inició su gobierno con la política del “buen vecino” y las relaciones entre México y Estados Unidos se volvieron inmejorables. El 3 de marzo de 1947, por primera vez, un presidente estadounidense pisó el suelo de la capital de la República. Uno de los actos más significativos fue la ofrenda y guardia de honor que Harry S. Truman depositó en el obelisco a los niños héroes. Antes había señalado que las intervenciones eran ya cosa del pasado. Los periodistas aseguraron que así “cicatrizó para siempre una vieja herida nacional”.⁴⁵ No obstante, algunos

⁴³ *El Nacional* (14 sep. 1944). En este acto no estuvo presente Ávila Camacho.

⁴⁴ ÁLVAREZ, 1948, p. 580. Por su gentileza y buenas maneras, Ávila Camacho fue conocido por el sobrenombre de “el Presidente caballero”.

⁴⁵ TARACENA, 1979, p. 105 y TORRES, 1984, pp. 161-162. Casi dos meses después, Alemán correspondió la visita; viajó a Washington donde fue aclamado por una gran multitud. El presidente mexicano asistió al cementerio de Arlington, lugar en el que depositó una ofrenda en la tumba del Soldado Desconocido. TARACENA, 1979, pp. 109-111.

pensaban que la herida seguía abierta: la ofrenda dejada por Truman desapareció misteriosamente y corrió el rumor de que un grupo la había arrojado a las puertas de la embajada estadounidense.⁴⁶

A raíz de esta casi unánime “cicatrización”, los programas del centenario cobraron nuevos bríos. Durante la primera presidencia civil de la posrevolución, la asociación tuvo que resignarse a un hecho que ya se venía perfilando: la celebración del 13 pasaba a depender netamente del ámbito gubernamental, y más particularmente, del presidente de la República. El proyecto presentado por la asociación fue desechado por el gobierno, aduciendo lo costoso que resultaba erigir un monumento. La asociación había pensado construirlo en la glorieta Juan de la Barrera (en la avenida Chapultepec y calzada de Tacubaya), por ser el lugar donde murió el valeroso teniente. Además, se quería construir un museo y un panteón para depositar allí los restos de los seis cadetes. En cambio, el gobierno aceptó la propuesta del arquitecto Aragón Echegaray, que se llevó a cabo donde estaba la Fuente de las Ranas, “con el consiguiente disgusto de los miembros de la Asociación del Colegio Militar, a los que no se tomó en cuenta”.⁴⁷ El presidente Alemán acudió el 13 de septiembre de 1947 a colocar la primera piedra de este monumento, “Defensores de la Patria” (pero mejor conocido como “Altar a la Patria”), el hemiciclo que actualmente conocemos.⁴⁸ Uno de los oradores, el licenciado y general Aarón Sáenz, declaró que “no se pretendía desenterrar agravios ni revivir pasiones que el tiempo ha marchitado, sino el deber de invocar el recuerdo de un fracaso glorioso”. Al terminar el acto, “el pueblo, desde las colinas del cerro, vitoreaba a los héroes y al presidente Alemán”.⁴⁹

Ese mismo día, en la Cámara de Diputados, los presidentes del Congreso y del senado, Alejandro Gómez Ma-

⁴⁶ TORRES, 1984, p. 165.

⁴⁷ CHÁVARRI, 1960, p. 235.

⁴⁸ Éste fue inaugurado por Alemán el 27 de noviembre de 1952.

⁴⁹ *El Nacional* (14 sep. 1947).

ganda y Fidel Velázquez, descubrieron la inscripción “A los Niños Héroes de Chapultepec”. Estuvieron presentes representantes del cuerpo diplomático y una comitiva de cadetes.⁵⁰

Una sociedad deseosa de rendir culto a determinados “héroes” necesita de algunos restos mortales susceptibles de convertirse en el centro y el foco de las ceremonias cívicas. El centenario de 1847 resultó el momento propicio para “descubrir” los restos de los seis cadetes. El general Torrea fue comisionado por el secretario de la Defensa, Gilberto R. Limón, para iniciar la búsqueda, y cinco días después, en el lugar conocido como Ahuehuetes de Miramón, fueron encontrados seis cráneos que, según dictamen antropológico, pertenecían a cinco esqueletos masculinos jóvenes y a uno adulto. El presidente Alemán nombró una comisión de historiadores que dictaminara si esos restos pertenecían efectivamente a los cadetes de 1847. Ésta concluyó afirmativamente, con pruebas que dejaban, sin embargo, mucho que desear. En efecto, y entre otras cosas, si Torrea, y antes de él otros miembros de la asociación sabían dónde estaban sepultados los restos, ¿por qué esperaron 100 años para desenterrarlos y proporcionarles un lugar más digno donde reposar?⁵¹ Además, los que formaron parte de la comisión eran obviamente parciales en el asunto, ya que eran miembros de la asociación o estaban relacionados con ella: tales eran los casos de Juan Manuel Torrea, José María Álvarez y Alberto María Carreño.

Pero el centenario requería forzosamente la presencia de esos restos para avivar la flama del culto a los héroes. Fue así como el 14 de septiembre, en la plaza de la Constitución, frente a Palacio Nacional, fue levantado un túmulo con seis urnas de plata que contenían los presuntos restos de los niños héroes. Alemán y su gabinete montaron la primera guardia. Después, fue el pueblo quien desfiló ante las urnas, cumpliendo así el deseo expresado

⁵⁰ *El Nacional* (14 sep. 1947).

⁵¹ Me baso aquí en los estudios de GARCÍA MIÑOZ y FRITSCHÉ ACEVES, 1989, pp. 91-95, y en el serio cuestionamiento que hacen a este hallazgo.

por Alfonso Herrera en 1932. Del zócalo, las urnas fueron trasladadas en solemne cortejo —en cierto sentido, similar al de 1849— a la Sala de Banderas del Colegio Militar en Popotla, donde según su director, Luis Alamillo Flores, se montaría una guardia permanente, las 24 horas de los 365 días del año.⁵²

En 1950, la celebración tuvo también como telón de fondo la “buena vecindad”. El embajador estadounidense Walther Thurston, por encargo —según dijo— del pueblo norteamericano y del presidente Truman, entregó 12 banderas que en 1847 fueron tomadas y llevadas a Estados Unidos. La entrega simbólica fue hecha por cadetes de West Point a sus iguales del Colegio Militar.⁵³

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, INVITADO IMPRESCINDIBLE

A partir de 1953, todas las celebraciones se realizaron en el nuevo monumento, con sus seis antorchas erguidas. Fueron ceremonias más breves, pues los asistentes ya no debían trasladarse de la Tribuna Monumental al Obelisco con el fin de depositar las ofrendas. También se estableció la costumbre de que el jefe del ejecutivo llegara acompañado del presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y de los presidentes de las Cámaras de Diputados y Senadores, pues se trataba ya formalmente de un homenaje de los tres poderes de la Unión. También se redujo paulatinamente el número de oradores, pues uno solo hablaba a nombre de los tres poderes, y otro fue casi siempre un cadete. Así se verificó la conmemoración de 1954, a la que asistió Adolfo Ruiz Cortines.⁵⁴

Durante el periodo de Adolfo López Mateos encontramos otra innovación que persiste hasta nuestros días. El presidente entrega simbólicamente seis espadines a igual número de cadetes. Este rito simboliza la entrega y el he-

⁵² *El Nacional* (15 sep. 1947).

⁵³ *El Nacional* (14 sep. 1950).

⁵⁴ *El Nacional* (14 sep. 1954).

roísmo que deben perdurar en los alumnos del Colegio Militar, pero también realza la figura del ejecutivo en esta ceremonia. En tiempos de Porfirio Díaz, por ejemplo, éste mantenía una actitud pasiva, pues se limitaba a depositar la ofrenda y a montar guardia. Además, al ir desapareciendo elementos de ornato anteriores, como los poemas y la música, lo que más destacó en la ceremonia fue la figura presidencial. Los oradores aprovecharon la ocasión para glorificar las hazañas de los héroes niños y también las presidenciales. El senador Andrés Serra Rojas, el 13 de septiembre de 1964, dirigiendo su mirada al presidium donde se encontraba Adolfo López Mateos, dijo: “hace seis años la nación le entregó su destino y hoy puede usted repetir en esta augusta conmemoración: no sólo devuelvo la patria que me entregaron, la devuelvo más grande, más unida y con los ojos limpios para ver el porvenir”, provocando con ello una cerrada ovación. “López Mateos [añade por su parte el reportero], que se había calado unos anteojos oscuros, no movió un músculo de la cara. Sólo inclinó ligeramente la cabeza.”⁵⁵

LOS NIÑOS HÉROES: MODELO DE UNA JUVENTUD ESTUDIOSA

En la primera quincena de septiembre de 1968, la huelga estudiantil parecía perder fuerza y el rector Javier Barros Sierra había conminado a los estudiantes a regresar a clases, pero sin abandonar la lucha. La mayor parte de la sociedad, adormilada por el autoritarismo y el desarrollismo, creía que ése era el mejor de los mundos posibles, y veía en los estudiantes huelguistas a vándalos y delincuentes, pero la irrupción del ejército a la UNAM el 17 de septiembre modificó sensiblemente esta imagen. A la ceremonia en Chapultepec, Díaz Ordaz acudió acompañado de su gabinete. El primer orador, “en representación de la juventud militar”, fue el cadete Saúl Hernández Dorantes. Declaró

⁵⁵ *Excelsior* (14 sep. 1964). López Mateos sufría de intensos dolores de cabeza producidos por la migraña, por lo que usaba lentes oscuros.

que los niños héroes habían dado al país personalidad ante el mundo, y que nosotros “somos herederos de tan sublimes ejemplos y por ello estamos obligados a la superación y al estudio”; por lo tanto, el heroísmo debía conseguirse en las aulas. Por su parte, Alfredo V. Bonfil consideraba que la juventud podía optar por dos caminos, el de aquellos que quieren demoler todo lo construido por generaciones anteriores, o el de quienes valoran esas experiencias, pero rechazan sus aspectos obsoletos con el propósito de construir un mejor futuro.⁵⁶ Es evidente que con estos señalamientos el orador descalificaba de antemano el movimiento estudiantil, pues le achacaba simple y llanamente el deseo de acabar con todo. Con estas palabras, se ganó el aplauso de la concurrencia y muy especialmente, el de Díaz Ordaz, quien se le acercó para darle un abrazo, ya que seguramente ni él mismo podía haber encontrado un mensaje más conveniente. En la foto publicada por el periódico, vemos a las personalidades del régimen diazordacista montando guardia, y encima de ellas, colocado sobre el hemicycle, un adorno floral que rezaba: “Ejemplo para la juventud mexicana”.

El exsecretario de Gobernación de Díaz Ordaz, ya en la presidencia, intentó rehuir su responsabilidad en la matanza de Tlatelolco, tomando la bandera de la juventud. Fue así como colocó a jóvenes políticos en puestos importantes de su gobierno.⁵⁷ En 1971, el orador que habló a nombre de los tres poderes fue el joven secretario de Acción Educativa de la Confederación Nacional Campesina, Héctor Hugo Olivares Ventura, quien se hermanó con los jóvenes de todo el mundo “que han hecho de la justa protesta su expresión cotidiana y su bandera de lucha”.⁵⁸

⁵⁶ *El Nacional* (14 sep. 1968).

⁵⁷ Como en los casos de Fausto Zapata, Francisco Javier Alejo, Carlos Armando Biebrich.

⁵⁸ *El Nacional* (14 sep. 1971).

LAS HAZAÑAS DE LOS NIÑOS HÉROES Y LAS DE LOS PRESIDENTES

Por primera vez, en 1976, el jefe del ejecutivo concurrió al evento acompañado por el presidente electo —el gran elector con el ungido. El primero —en el crepúsculo de su sexenio y en medio de serios cuestionamientos hechos a su política económica— esperaba no ser olvidado, vituperado, o si se quiere, traicionado. En Chapultepec, Luis Echeverría y José López Portillo oyeron al orador en turno y luego se trasladaron a Tlalpan para inaugurar las nuevas instalaciones del Colegio Militar. Ahí, el orador fue el general Hermenegildo Cuenca Díaz, quien dio las orientaciones para los nuevos cuadros formados por este colegio: ahora, el ejército debería utilizar “sus armas para la defensa y seguridad de la patria y no como medio de opresión en contra de la ciudadanía”, y sus soldados deberían contribuir al desarrollo nacional y ayudar a la población civil en caso de desastre. Finalmente, reiteró la lealtad de que el Colegio Militar siempre había dado testimonio.⁵⁹ Esta fue efectivamente la palabra clave de aquella celebración: en el muro de la tribuna de honor, donde se encontraba el futuro presidente de México, se podía leer escrita en gigantescas letras, la palabra “Lealtad”.

A partir de entonces y hasta la actualidad, el presidente irá cada 13 de septiembre de Chapultepec a Tlalpan para inaugurar los cursos del Colegio Militar. De hecho, asiste a una segunda celebración, pues entre los ejercicios que hacen los alumnos, destaca la escenificación de la batalla de Chapultepec que culmina con el acto protagonizado por Juan Escutia, mismo que realizan decenas de cadetes, envueltos en sendas banderas nacionales.

En septiembre de 1979, la noticia dominante era el derrame de petróleo en el pozo Ixtoc-1 y las posibles repercusiones diplomáticas que este accidente tendría, justo cuando los presidentes Carter y López Portillo iban a entrevistarse en Washington a fines de mes. El orador en turno durante la celebración fue el diputado Pedro Pablo

⁵⁹ *El Nacional* (14 sep. 1976).

Cepeda, quien declaró "que el mundo vive entre agresiones de diferentes móviles, aunque con intenciones iguales: que los países continúen divididos según los intereses y las fuerzas de los poderosos". Señaló también que la autodeterminación de los pueblos sería bandera permanente en el concierto de las naciones y predijo que con el petróleo, México podría obtener su independencia económica, pero que "esta posibilidad única en nuestra historia nos debe hacer volver los ojos a la esencia nacionalista que provocó el acto heroico que hoy recordamos. Sólo así seremos congruentes con nosotros mismos y con la actitud de estos jóvenes cadetes".⁶⁰ La costumbre quería que el director del Colegio Militar fuese el que pasara lista, pero López Portillo no pudo resistir la tentación de ser él quien pronunciara el nombre de los seis cadetes muertos por la patria. En ese momento no era aún un presidente devaluado, sino el líder de México, una potencia media.

A escasos 13 días de la nacionalización de la banca, a nombre de los tres poderes, habló el diputado Jesús Salazar Toledano, quien señaló que con la nacionalización se rescataba el poder negociador del Estado y su capacidad para decidir desde una posición de fuerza; aclaró que la medida "no es fruto de un momento de audacia, sino resultado de una convicción que ha resistido dudas y cuestionamientos ideológicos, políticos y estratégicos; es respuesta de una vocación que viene del fondo de la Historia". Terminó señalando que en las actuales circunstancias, el sacrificio de los seis cadetes "dará fuerza y aliento en las filas del pueblo".⁶¹ Ante tal audacia presidencial, era obviamente impensable que se repitiera, como seis años atrás, la asistencia conjunta del mandatario en funciones con el electo.

Es significativo que en 1988, año de elecciones presidenciales competidas y cuestionadas, y con una amplia participación política de la sociedad civil, hubiese dos celebraciones. La primera contó con la asistencia del presi-

⁶⁰ *Uno más uno* (14 sep. 1979).

⁶¹ *Uno más uno* (14 sep. 1982).

dente Miguel de la Madrid y su gabinete, y en ella el diputado Víctor Hugo Celaya afirmó que veía en la gesta de los niños héroes el anticipo de la Reforma y de la Revolución, y señaló también que el gobierno de Miguel de la Madrid

[...] pasará a la historia como aquel que supo impulsar una nueva etapa en la revolución mexicana, que logró el impulso que condensa un pasado glorioso con los requerimientos actuales, que preparó a la nación para acceder al futuro y a la modernidad, realizando los cambios estructurales que la nación reclamara.

La otra celebración se realizó más tarde en el mismo lugar, el “Altar a la Patria”, donde Domingo Martínez, de la colonia Pensil, leyó un documento a nombre del “Movimiento Juvenil Chinaco” que ahí se constituyó y en el cual se señalaba que el gobierno no tenía autoridad moral ni política para reivindicar a la juventud mexicana, porque era el responsable de su miseria y desempleo, y que además, la juventud era víctima constante de la brutalidad policiaca. El documento subrayaba que en el pasado ya se habían dado muestras de “entrega solidaria” como en los sismos de 1985 y en ese año de 1988.⁶² Cabe destacar que en la ceremonia del “grito” también estallaron muestras de inconformidad, cuando cientos de jóvenes lanzaron consignas contra el gobierno y a favor del ex candidato presidencial Cuauhtémoc Cárdenas, siendo por ello golpeados por la policía en el zócalo capitalino.⁶³

EL ESTADO CONTRA SUS PROPIAS CREACIONES MÍTICAS

El escándalo suscitado por los nuevos libros de texto de historia para la escuela primaria dominó el panorama en 1992. En efecto, estos libros intentaron desmitificar muchos hechos y nombres de nuestra historia. Pero tal vez en

⁶² *La Jornada* (14 sep. 1988).

⁶³ *La Jornada* (17 sep. 1988).

ese intento por proporcionar figuras menos marmóreas y más humanas, lo que se logró, paradójicamente, fue quitar a los héroes lo que tenían de humano: la posibilidad del sacrificio supremo, del deber absoluto, casi patológico, que los llevó a realizar —o que llevó a los historiadores a inventar— aquellas hazañas tan celebradas. Así, en esos libros desaparecieron los nombres de los seis cadetes, y el de otra figura heroica precoz: el Pipila, de la guerra de independencia. Las críticas a estas omisiones fueron estruendosas y los libros tuvieron que ser retirados, si bien otras consideraciones y también muy diversos errores contribuyeron a ello. En ese contexto, la ceremonia del 13 cobró un interés inusitado. Marcelo Ebrard, secretario general del DDF, reiteró la significación toral de 1847, la de luchar hasta el final por la patria; también se refirió al liberalismo social y al Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol). Tanto fue el interés despertado por el tema, que los reporteros se acercaron al presidente Carlos Salinas de Gortari para preguntarle la significación de esta ceremonia, a lo que este último respondió:

Nosotros siempre estaremos dispuestos a promover el recuerdo de este hecho histórico, de esa memoria gloriosa para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Especialmente, de manera extraordinaria, estos niños, verdaderos héroes de la historia de México.⁶⁴

La noche del “grito”, el 15 de septiembre, el presidente Salinas añadió —por primera vez en la historia de esta celebración— un viva a los niños héroes. Al día siguiente, el orador oficial del acto conmemorativo del inicio de la independencia fue el secretario de Educación Pública, Ernesto Zedillo, quien en varias ocasiones mencionó a los cadetes de 1847; entre el público que asistió al acto en la columna de la independencia sobresalían pancartas que decían: “los Niños Héroes, parte esencial de nuestra historia”. Muchos vieron en este acto, y en el del “grito”, un

⁶⁴ *La Jornada* (14 sep. 1992).

desagravio a la memoria de esos héroes juveniles.⁶⁵ Finalmente, el 15 de septiembre de 1994, Salinas de Gortari, desde Dolores Hidalgo, reiteró su “¡Vivan los Niños Héroes!”.

IV

El recorrido seguido hasta aquí nos lleva a reflexionar no sólo acerca de la forma en que un conjunto de hechos históricos se van transformando en un mito, sino en la manera en que éste es utilizado para diversos fines y para la justificación de distintas políticas.

El hecho histórico necesita ser reformulado para convertirse en mito. Eso sucedió con los niños héroes, a partir de los cuales se forjó un mito que surge de ciertos acontecimientos suficientemente comprobados y de otros que no lo son. Sin embargo, estos últimos no son mera fantasía, ya que tienen su raíz en otras hazañas realizadas por otros personajes durante esa misma gesta, como Zuazuo y Xicoténcatl. En este sentido los niños héroes sintetizan todos los hechos heroicos de la guerra de 1847.

Otro elemento importante para la conformación del presente mito lo encontramos en el entorno simbólico del lugar en que se gestó: Chapultepec. El castillo en la cima del cerro, el bosque, los ahuehuetes, son elementos indispensables de su ambientación, en el momento de su celebración anual.

La sobrevivencia de un mito cívico requiere de su celebración, o sea, de su ritualización. Ésta ha obedecido, a lo largo del tiempo, a distintos móviles. Hemos visto cómo surgió en un principio para dar relieve a una institución castrense, el Colegio Militar. Sus promotores buscaban que el Estado reconociera al colegio como el paradigma de las virtudes militares. Más adelante, fueron los jefes militares en su conjunto quienes tomaron las riendas de este ritual. El ejército posrevolucionario fue cuestionado por la sociedad debido a la corrupción y a la falta de profesionalismo

⁶⁵ *La Jornada* (17 sep. 1992).

que imperaban en él. Por ello, el reconocimiento a los cadetes de 1847 pretendió contribuir a cambiar esa imagen, dignificarla, al mostrar que la lealtad —que tanto faltaba entre los militares— fue la virtud excelsa de seis de ellos y así, por analogía, hacer creer que ésta era extensiva a todos sus miembros. Cuando se profesionalizó, y sobre todo cuando el poder civil sustituyó al militar, la celebración amplió sus propósitos y los seis cadetes pasaron a ser ejemplo para toda la juventud mexicana. Por eso los niños héroes adquirieron el rostro de todos los niños de México, de ahí que en sus distintas representaciones —retratos, estatuas, estampas escolares—, sean tan parecidos entre sí, para inferir que ese único rostro podía ser el de cualquier niño mexicano.

Al dejar sus armas, los niños héroes perdieron paulatinamente el referente bélico que antes los había caracterizado, en mayor o menor medida: la defensa ante la invasión estadounidense. Coincidiendo con la desaparición de esta molesta alusión, el presidente de la República comenzó a asistir regularmente al evento. Fue entonces cuando las hazañas de los aguiluchos empezaron a ser opacadas, o más bien, a parecerse a las del primer magistrado de la nación. En un sistema con un presidencialismo tan marcado, los cadetes se transformaron en los más fieles y discretos asesores presidenciales.

En el intrincado camino de esta celebración, unida estrechamente con la de la vida política del país, los héroes festejados se fueron identificando cada vez más con el jefe del ejecutivo y las motivaciones de los héroes se fueron acercando cada vez más a las presidenciales; de manera que ya no se sabía a quién se rendía tributo, a quién se enaltecía por su entrega y sacrificio por la patria. Así es como los niños héroes se fueron convirtiendo en estudiantes ejemplares que miraban severamente a quienes sólo buscaban destruir la sociedad hasta sus cimientos, en agentes modernizadores que traerían por fin prosperidad a la nación, en paladines de la autodeterminación de los pueblos, en defensores de un acto de voluntad del ejecutivo, en abogados del neoliberalismo. . .

Lo vemos ahora: el mito cívico de los niños héroes no ha sido siempre el mismo, se ha adaptado a distintas circunstancias y ha servido a múltiples intereses históricos. Así, el estudio de este mito nos sirve para conocer una realidad y aprehenderla bajo un ángulo distinto de lo acostumbrado. Es como un filtro a través del cual podemos observar una realidad, que nos ofrece otra perspectiva. El mito es histórico, cambiante. No es algo que se encuentre reificado, inmóvil.

Hasta ahora hemos visto una ritualización impuesta de arriba hacia abajo, del Estado hacia la sociedad. Pero también se dio un proceso inverso. La sociedad se apropió del mito y le dio sus propios contenidos, enriqueciéndolo. Entonces, dejó de pertenecer al Estado, e incluso podríamos decir que se democratizó. Por ello, esta epopeya goza actualmente de cabal salud; basta con ir al monumento de Chapultepec y ver cómo un padre les relata a sus pequeñas hijas su versión de la historia, tal vez no muy exacta, pero más sencilla y finalmente más “auténtica” que las oficiales, en la medida en que transmite un mensaje que sacia necesidades y cumple funciones indispensables para la mayoría de los mexicanos: ofrece modelos que imitar, ejemplos de qué enorgullecernos y hazañas con qué soñar.

REFERENCIAS

ALCARAZ, Ramón *et al.*

- 1848 *Apuntes para la Historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. México: Tipografía de Manuel Payno.

ÁLVAREZ, José María

- 1948 *Añoranzas. El México que fue. Mi Colegio Militar*. México: Imprenta Ocampo, vol. 2.

BUSTAMANTE, Carlos María de

- 1985 *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica, t. iv.

Calendario

- s. f. *Calendario de Ontiveros para el año de 1850, lo publica Santiago Pérez*. México: Imprenta de la calle del Ángel, núm. 2.

CAMPOS, Rubén M.

- 1922 *Chapultepec. Su leyenda y su historia*. México: Talleres Gráficos del Gobierno Nacional.

CHÁVARRI, Juan N.

- 1960 *El heroico Colegio Militar en la historia de México*. México: Libro Mex Editores.

FRAZER, James George

- 1982 *La rama dorada. Magia y religión*. México: Fondo de Cultura Económica.

GARCÍA MUÑOZ, María Elena y ERNESTO FRITSCHÉ ACEVES

- 1989 "Los niños héroes, de la realidad al mito". Tesis de licenciatura en historia. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo

- 1990 *Los mitos del Tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*. México: Alianza Editorial.

MONTERDE, José Mariano

- 1852 *Oración cívica pronunciada en la Alameda de México el 27 de septiembre de 1852 por el sr. general D. . . , director del Colegio Militar*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido.

PAYNO, Manuel

- 1870 *Compendio de la Historia de México*. México: Imprenta de Francisco Díaz de León.

PÉREZ VERDÍA, Luis

- 1883 *Compendio de la Historia de México*. Guadalajara: Tipografía del autor.

PRIETO, Guillermo

- 1985 *Memorias de mis tiempos*. México: Porrúa, «Sepan cuántos . . . , 481».

Primer Calendario

- 1856 *Primer Calendario Heroico para el año de 1857*. México: Imprenta de A. Boix.

RANGEL, Joaquín

- 1847 *Parte de las operaciones ejecutadas por la 3a brigada de infantería del Ejército Mexicano, en los días 12 y 13 de septiembre de 1847*. Toluca: Quijano y Gallo.

TABLADA, José Juan

- 1991 *La feria de la vida*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, «Lecturas Mexicanas, 22».

TARACENA, Alfonso

- 1977 *La vida en México bajo Ávila Camacho*. México: Jus.
1979 *La vida en México bajo Miguel Alemán*. México: Jus.

TORRES, Blanca

- 1984 «Historia de la Revolución Mexicana. 1940-1952». Vol. 21: *Hacia la utopía industrial*. México: El Colegio de México.

VÁZQUEZ MANTECÓN, Carmen

- 1991 “Invitación a leer”, *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, 33 (sep.-dic.), pp. 52-63.

